

LA IDEOLOGIZACIÓN DEL PENSAMIENTO DE ADAM SMITH

Clinton Ramírez C.*

* Economista de la Universidad del Atlántico (1987). Con especializaciones en Desarrollo Regional, Universidad del Magdalena (1994), y Derecho Público, Universidad Autónoma de Colombia (2002). Es autor de una obra literaria que abarca el cuento, el relato, el ensayo y la novela. Ha publicado las novelas: *Las manchas del jaguar* (1987, 2005), *Vida segura* (2006) e *Hic Zeno* (2007). clinal14@hotmail.com

RESUMEN

Este trabajo examina el proceso de ideologización sufrido por el pensamiento de Adam Smith. En *La riqueza de las naciones* (1776) Smith identificó la libertad de empresa como el principio fundacional del naciente capitalismo. El concepto de la mano invisible —de orden metafísico— ayudó a la cohesión de una ciencia en formación que ofreció una explicación más dinámica y realista de la riqueza de las naciones. El éxito de la concepción de la mano invisible robusteció la antigua máxima del *laissez-faire* de los hombres de negocios, al punto que esta última reemplazó a aquélla. El proceso de ideologización alcanzó la forma más agresiva en la segunda mitad del siglo XX de manos de un neoliberalismo (Knight, Mises, Hayek, Stigler, Seldon, Milton Friedman) siempre deseoso de un capitalismo sin control. Esto condujo al más puro *laissez-faire*, que culminó al menos en los Estados Unidos con el desmonte de instituciones como la Ley Glass-Steagall, desregulación que explica en mucho, si no en todo, la actual crisis financiera de Wall Street.

PALABRAS CLAVE: Libre cambio, mano invisible, filosofía moral, *laissez-faire*, racionalidad económica, neoliberalismo, desregulación, crisis financiera.

CLASIFICACIÓN JEL: B3.

ABSTRACT

This paper examines the process of ideologization of Adam Smith's thought. In *The Wealth of Nations* (1776), Smith embraced free enterprise as the foundational principle of nascent capitalism. The concept of the invisible hand —a metaphysical idea— helped give cohesion to a newborn science that offered a more dynamic and realistic explanation of the wealth of nations. The conceptual success of the invisible hand gave strength to the older to the maxim of *laissez faire* of businessmen, so much so that the latter replaced the former. The process of ideologization attained its most aggressive form in the second half of the XX century at the hand of a neoliberalism (Knight, Mises, Hayek, Stigles, Seldon, Friedman) that proclaimed an untrammled capitalism. At least in the United States, this led to the elimination of laws such as Glass-Steagall, a deregulatory wave that explains much—if not all—the current financial crisis.

KEYWORDS: Free change, invisible hand, moral philosophy, *laissez-faire*, economic rationality, neoliberalism, deregulation, financial crisis.

JEL CODES: B3.

Era el hombre de una obra sintética y de una exposición equilibrada, no el de grandes ideas nuevas. Se esfuerza ante todo en informarse con cuidado de los elementos que están a su disposición y formula numerosos juicios que coordina armoniosamente. No recorrió más que caminos trillados; no utilizó más que elementos preexistentes; pero dotado de un espíritu de una claridad luminosa, elaboró una obra grandiosa... Su libro llegó en el momento oportuno y aportó a su época lo que necesitaba, ni más ni menos.

(J. Schumpeter)

UMBRALES

La mano invisible ha sido traída una y otra vez para justificar el retiro absoluto del Estado de la economía hasta el extremo de fijarse que Smith fue un librecambista absoluto, para asimilar el principio de la mano invisible con la máxima del *laissez-faire*. Así se pretende olvidar el papel de virtudes que Smith le atribuyó a los valores y normas sociales. En nombre de la libertad se hace el flaco favor de arrodillar los valores que la fundamentan. “La libertad no ha funcionado nunca sin la existencia de hondas creencias morales, y la coacción solo puede reducirse a un mínimo cuando se espera que los individuos, en general, se ajusten voluntariamente a ciertos principios” (Hayek, 1997). Smith creía en el desarrollo natural o espontáneo de la sociedad. Las instituciones serían el resultado de años de evolución de la interacción humana, pero no del designio deliberado de los hombres o de una autoridad superior; sobrevivían aquellas que mostraban ser exitosas y gozaban, por tanto, de la más amplia aceptación de los individuos. Ciertos principios morales en la base de las mismas instituciones facilitaban su aceptación y codificación política. Idea idéntica recogió Adam Ferguson,

contemporáneo suyo, en la célebre expresión que Hayek cita en *Los Fundamentos de la libertad*: “Las naciones tropiezan con instituciones que ciertamente son el resultado de la acción humana, pero no de la ejecución del designio humano”. Smith exigía, además, que las instituciones guardaran armonía con el orden natural del mundo. La libertad, en estas circunstancias, fundamentaba el comercio y la sociedad en cuanto no fuese en contra de la sociedad y procurara su mejoramiento.

El empirismo británico defendía las instituciones de la libertad. Veía en la libertad un principio moral, pero igual entendía que los hombres al actuar podían hacerlo bien o mal. Francisco Vitoria, al formular el libre albedrío, la piedra angular del derecho natural, había advertido estas dos posibilidades de la libertad. Smith, profesor de Filosofía Moral, hombre formado en el derecho natural, compartía este concepto. Este conocimiento, teológico-filosófico, a más de empírico, impulsa a pensar que la defensa de la libertad estuviera guiada por reglas, normas y leyes producto de las mejores prácticas humanas, encarnadas en el Derecho y a cuya defensa debía estar el Estado y sus aparatos de Gobierno.

El mercado, al responder a virtudes morales internalizadas en el trato humano, aseguraba su éxito en tanto institución espontánea de la libertad. Por ello, aunque el intercambio obedeciera a intereses individuales, traía resultados benéficos no previstos. En virtud de este arreglo involuntario, y en concordancia con implícitas virtudes o normas morales, los individuos al perseguir los intereses propios con conocimiento de causa y en condiciones de libertad, tendían a promover al mismo tiempo el interés general. A ello se le llamó la mano invisible. Un salto de la Filosofía a la Economía que legitimó la libertad privada como motor de la economía, vital para la generación de la riqueza.

Ahora bien, esta fundamentación filosófica del libre comercio suministró el combustible para atacar los principios y prejuicios mercantilistas en boga y también ofreció, sobre todo a los hombres de negocios, una formulación que reforzó las prédicas contra cualquier interferencia gubernamental. Fundó una ciencia y reforzó en la mentalidad pragmática de los hombres de negocios la prédica del *laissez-faire*.

VIAJE A LAS ENTRETRELAS DE LA FILOSOFÍA MORAL

En la época en que Smith estudió, la Economía Política era un apéndice, un estanco o compartimiento de la Filosofía Moral. Así aprendió él los rudimentos de esta ciencia estancada de la voz de su profesor Hutcheson. Cuando tomó la cátedra en Glasgow trató los temas económicos de una manera más autónoma, aunque sin romper del todo con la tradición escolástica de impartirla como un compendio de la Filosofía Moral.

¿Qué hizo de revolucionario, de audaz para cargar con el mérito de ser el fundador de la ciencia económica moderna, si la historia del pensamiento económico no reconoce en él al inventor de ningún principio económico? Le cabe el mérito de haberla provisto de un principio filosófico moral —la mano invisible—, que facilitó la comprensión del mundo de los negocios en tanto expresión de un orden espontáneo que actuaba en la sociedad en un sentido positivo. De paso, al sistematizar los conceptos de dicha ciencia, ofreció un cuerpo teórico integrado coherente que ilustró la influencia de la libertad económica en la expansión del comercio y en la producción de la riqueza, cuerpo científico que sería arma intelectual de lucha contra el mercantilismo y las políticas proteccionistas.

EL EFECTO DE LA OBRA QUE SMITH PROMETIÓ, PERO NO ESCRIBIÓ

Cuando Smith escribió la *Riqueza de las naciones* no tuvo el propósito de fundar una nueva disciplina. En la Universidad de Glasgow dictó Economía Política como parte del programa de Filosofía Moral, curso que comprendía además Teología Natural, Ética y Jurisprudencia. Concibió la obra *Riqueza de las naciones* como parte de un plan destinado a proveer una amplia base a los principios y leyes que debían regir la actuación de los Gobiernos y la sociedad. No es un detalle menor. Indica que, para Smith, el Gobierno o el soberano importaba mucho más de lo que algunos suponen. Ahora bien, independientemente de los alcances del propósito inicial, Smith al escribir la *Riqueza de las naciones* tuvo en mente asentar doctrinalmente el liberalismo económico en la lucha que el capitalismo industrial libraba contra las prédicas intervencionistas del mercantilismo.

La contribución suya a la ciencia económica radica en haber probado, en un momento de intenso debate político y económico, que el origen de las riquezas había que buscarlo en el trabajo, en la producción, en la expansión del mercado que facilitaba la especialización laboral y el crecimiento de la productividad, pero de ninguna manera en la acumulación de metales y en el cierre de las fronteras al comercio, según el sentir del proteccionismo inspirado en los mercantilistas.

Defendió así el libre mercado en un momento de la historia económica en que este era necesario para el desarrollo del capitalismo. Su obra llegó en el momento oportuno y aportó a su época lo que necesitaba: ni más ni menos. La concepción de la mano invisible —que guía al interés particular hacia el bienestar general sin que este sea el propósito de los

agentes económicos— representó en esta medida una postura satisfactoria que armonizaba el cálculo racional justo y la preferencia por la mayor felicidad que propuso la Filosofía Moral liberal en boga, prohijadas por Locke y Hume.

Así, un principio tomado de la Filosofía Moral entró a actuar como una voluntad a priori, con el valor de predecir el funcionamiento del mercado, sustentar la libertad económica y derivar de este ejercicio el interés colectivo. La mano invisible, al propiciar más comercio, al involucrar más países al mercado, ofrecía oportunidades para el desarrollo de la productividad, generaba más riqueza, aunque no más igualdad en la distribución de las riquezas. El examen que hizo del intercambio entre Europa y las colonias de América no le permitió otra conclusión. Era un hombre apasionado de ideas, pero riguroso de mente, juicioso lector de la realidad, según está indicado por las abundantes materias que trata en la *Riqueza de las naciones*. No era un hombre de negocios. No era un hombre de Estado. Era un filósofo. Un hombre interesado por proveer un modelo del orden social. Notó que el mercado podía fallar y que, en consecuencia con el principio de la libertad, admitía la desigualdad de propiedad y de resultados. Así, la mano invisible podía operar más o menos según las normas morales o escritas al uso en determinado contexto histórico. El desigual comercio entre europeos y nativos americanos, aunque no se propuso explicarlo, lo ayudó bastante a levantarle restricciones al modelo basado en la mano invisible. No fue el único motivo de alarma. Es posible imaginar que, en algún momento, haya sentido que el orden natural produce descalabros. Que los hombres pueden hacer uso de la libertad para el bien o para el mal. En este sentido el principio metafísico —la mano invisible— podía aparecer

bajo la apariencia de una mano descarnada. La acción de los hombres podía degenerar en el infierno de la miseria, ampliar la desigualdad, truncar los progresos del capitalismo y auspiciar la quiebra. Esto hacía necesaria la exigencia de un soberano sabio que vigilara y ordenara la vida económica y social. Sabio en tanto que el soberano procurara normas, leyes, que hicieran efectiva la libertad. Había razones y hechos para creer que la mano invisible pudiera terminar convertida en un lobo implacable. Metamorfosis y horribles presagios que temía. En el pensamiento de Smith, el capitalismo exigía operar en el marco de sanos principios morales o normas escritas, a fin de evitar el descarrilamiento.

LA INVENCIÓN DE LA MANO INVISIBLE: UNA RAZÓN PROBABLE

En Smith la creencia en la libertad del comercio es consecuencia de una concepción filosófica liberal de corte empirista. Ahora bien, los orígenes de la mano invisible hay que rastrearlos en la filosofía de la libertad natural que tomó de Hugo Grocio (1583-1645) y que este bebió, según las investigaciones más recientes sobre estos aspectos de la obra de Smith, en el *iusnaturalismo* de la Escuela de Salamanca: Francisco de Victoria (1483-1546), Luis de Molina (1535-1600), Francisco Suárez (1548-1617), entre otros. Luis de Molina (1593), por ejemplo, introdujo la noción según la cual el poder no reside en el gobernante, un administrador, sino en los ciudadanos considerados individualmente; semejante avance prelude el concepto de soberanía popular y lo haría suyo la Escuela Escocesa de la Libertad.

La doctrina jurídica de esta escuela ofreció a Europa la primera gran reivindicación de la libertad, un acontecimiento

intelectual sorprendentemente surgido en España. Los derechos naturales del hombre empezaron a concentrar la atención de los estudiosos; fueron reivindicados los relacionados con el cuerpo (derecho a la vida, a la propiedad) y con el espíritu (derecho a la libertad de pensamiento, a la dignidad). Francisco de Vitoria explicó la presencia del mal en el mundo a partir del libre albedrío, en detrimento de los conceptos de la predestinación y la gracia. El hombre, explicó, al recibir la libertad de Dios puede actuar eligiendo no siempre el bien. El hombre puede provocar voluntariamente el mal. Por consiguiente, Dios sigue siendo infinitamente poderoso, infinitivamente bueno, sin que la presencia del mal afecte estos atributos. La argucia teológica enriquecería el derecho natural, que sale exportado hacia otras naciones de Europa, entre ellas, Escocia, la tierra de Hume, de Hutcheson, de Ferguson, de Smith. Este viraje de Vitoria puso la teología a tono con los desafíos del humanismo, la reforma protestante y los efectos de los descubrimientos geográficos. El orden social y económico emergente exigía una redefinición de la Teología, de la Filosofía y el Derecho. El trato comercial con hombres y pueblos considerados paganos supuso retos morales prácticos. Estos hombres, sin conocer a Dios, podían hacer el bien y algunos, conociéndolo, hacían el mal. La conclusión saltaba a la vista: la moral no dependía de la divinidad. El choque de las culturas suscitado tras el Descubrimiento exigía estudiar al hombre de otra manera, pues su criterio de actuación cambió. Había que actuar no en atención a la verdad sino guiados por el principio de no elegir mal, el denominado probabilismo o principio de incertidumbre moral que perfeccionó el teólogo y jurista español Francisco Suárez, el Doctor Eximius.

A juicio de Viner, el concepto de la libertad natural, esencial para la postulación del principio de la mano invisible, le

proporcionó a Smith dos nociones valiosas. Una primera, la aceptación solo de las restricciones mínimas impuestas por la justicia, indispensables para la convivencia política. Una segunda proposición más amplia, que veía en la acción espontánea de los individuos una estructura ordenada y lógica que no producía el caos, sino que servía para movilizar el bienestar en la sociedad.

Estas dos nociones inherentes al concepto de la libertad natural le fueron suficientes para postular que, a la manera de una mano invisible, los hombres mediante sus actos individuales producían beneficios a la sociedad en los que nunca pensaban. Traían el beneficio a la sociedad, aunque este no respondía a su designio, a su voluntad deliberada. Este orden natural, esta organización espontánea de la acción humana, y solo ella, aseguraba que todo fuera bien, guiado por una metafísica pero actuante mano invisible. Sobreviene el giro intelectual de Smith, al que le resulta imposible evadir el vínculo de sangre que lo liga al principio de incertidumbre moral de Suárez, según el cual es justificado realizar una acción, aun en contra de la opinión general o el consenso social, si es que hay una posibilidad, aunque sea pequeña, de que sus resultados posteriores sean buenos. Se opta así por la libertad. A esa voluntad probabilística respondía el quehacer económico. Sobraba, en esta perspectiva, limitar la iniciativa privada, porque, aun cuando no fuera su móvil, proporcionaba el bienestar de la sociedad. Además, el hombre, al calcular la acción, estaba guiado por el deseo de no elegir mal. Apenas se supo de estas influencias, de estas convicciones, gana admiración el ejercicio intelectual de Smith tendente a encajarlas en el mismo párrafo donde presenta en sociedad el principio de la mano invisible:

Todo individuo procura emplear su capital de modo que su producto pueda tener el máximo valor posible. No se propone, en general, favorecer los intereses públicos ni sabe en qué medida los está favoreciendo. Busca solo su propia seguridad, su propio beneficio. Y le guía en esto una mano invisible que le mueve a favorecer un fin que no formaba parte de sus intenciones. Al perseguir su propio interés suele promover y favorecer con mayor eficacia el de la sociedad que cuando se propone realmente favorecerlo (Smith, 1958).

Después de dos siglos y medio, el tiempo que va de la publicación de la *Riqueza de las naciones* a esta parte, la movida de Smith al prohijar la mano invisible conserva la condición de hallazgo intelectual. No sobraría insistir en que el propósito inicial al redactar la *Riqueza de las naciones* era producir una síntesis a fin de proveer al soberano de un conjunto de principios que fundamentaran el establecimiento de un marco normativo para la sociedad. Smith aspiraba a encontrar los fundamentos a un cuerpo legal que asegurara el orden armónico de la sociedad. Para este propósito transportó al “salvaje” mundo de la economía, como escribiera Jacob Viner (1927), las ideas iusnaturalistas sobre el *harmonious order of nature* (Gómez Rivas, 2004). Ideas ajenas que asentó en la economía como parte de la explicación sobre el funcionamiento de la sociedad¹.

¹ Escapa a la argumentación de este ensayo ir más a fondo en las raíces del pensamiento de Smith. A decir de Schumpeter importa poco que Smith haya conocido las influencias más lejanas de su fundamentación. Estaban latentes en la voz de Francis Hutcheson (1694-1746), su profesor, bullían en un siglo de filosofía liberal escocesa en la que se formó y que utilizaba en las clases de filosofía moral en Glasgow. Estaban renovadas, frescas, en los escritos del amigo y paisano David Hume. La importancia de Smith consistirá en propiciar que el principio de la libertad saltara hacia la economía política naciente bajo

Idear la fórmula de la mano invisible sirvió para el fin de encontrar una salida razonada a la asfixiante intervención del Estado mercantilista. El dispositivo intelectual encontró un audaz objeto de aplicación: el estudio de la riqueza de las naciones. Probó ser una hipótesis con valor predictivo que le concedió a la ciencia económica un estatuto, un campo autónomo de actuación.

UNA CONSECUENCIA VITAL

Es imposible separar de la génesis de la economía como ciencia independiente de la disputa ideológica que se libraba en Inglaterra y Francia entre partidarios del mercantilismo dominante y el librecambio emergente. Téngase presente que igual la disputa entre mercantilistas y librecambistas hacía parte de una polémica mayor y más antigua: la disputa librada en el seno de la filosofía para deponer el derecho divino de los reyes en favor de la libertad natural y la preeminencia del soberano en favor de la democracia, entendida esta como un contrato de hombres absolutamente libres. Es una idea clara y de viejo cuño en Luis de Molina y Francisco Suárez, que admitieron que la democracia era el Gobierno natural, en tanto que otras formas de Gobierno —la oligarquía, la monarquía— era instituciones secundarias, válidas, si el pueblo

la forma de la categoría o metáfora de la mano invisible. Es un mérito que, incluso en plan de publicista de una idea, a Smith el pensamiento económico le atribuye sin disputas. Es suya la audacia —reconocida declaración de Jacob Viner en 1927— de haber tomado del iusnaturalismo de Salamanca la idea vital, directa o indirectamente, a sabiendas o no, de la armonía del orden natural.

las elegía y apoyaba. Al triunfar la idea del individualismo, al ser colocado en el centro —expresión de Keynes— el siguiente paso fue recordarle al cálculo utilitarista la barrera de la mayor felicidad para la sociedad, de hacer explícito algo implícito en la tradición liberal británica. Keynes recuerda en el ensayo referenciado que fue David Hume, amigo de Smith y escocés igual que él, quien formuló en Inglaterra esta petición de la virtud al cálculo utilitarista. No bastaba esperar que el interés de la libertad individual asegurase el bienestar o la utilidad social. Había que formalizar el beneficio esperado para la sociedad. A riesgo de que pareciese una exigencia de la razón y no una evolución de la interacción de la práctica humana².

La Riqueza de las naciones proveyó algo más que un fundamento científico al ejercicio social del comercio: trazó para el estudio de la riqueza un esquema funcional que ponía en cabeza de la iniciativa privada el motor de la economía de un país; subrayó el efecto benéfico de la iniciativa privada en el interés colectivo sin que este fuese su propósito. Smith no solo ofreció los datos, los análisis que permitían a un modelo basado en la iniciativa de empresa ensanchar el mercado, mejorar la productividad y acrecentar la riqueza disponible. Si la riqueza, soslayando los costes —el gran pecado de esta concepción— avala el ejercicio de la libertad sin estrictiones, es fácil sugerir o deducir que el soberano debía limitarse a proveer

² Hayek ofrece el itinerario que permitió o la confusión de las dos tradiciones de la libertad. Entrega los hombres de ambas y, de manera especial, de los pensadores británicos que asumieron la tradición gálica: Thomas Hobbes, Jeremías Bentham. En tanto que Montesquieu, Constant y Tocqueville fueron partidarios o formados en la tradición de la libertad británica o escocesa.

las condiciones en que la iniciativa privada actuara, eliminando las restricciones al comercio, favoreciendo la movilidad de los trabajadores, impulsando la educación gratuita y aceptando que la riqueza reside en el trabajo y no reposa en la acumulación de metales.

En su opinión, la riqueza reside en la iniciativa privada de moverse a voluntad en el marco de las leyes; quedaba al Gobierno, al soberano, la obligación de supervisar la iniciativa privada y dirigirla hacia las actividades más ventajosas para la sociedad. Era una argumentación coherente con su propósito de escribir una obra que fuese, no solo una fundamentación de la riqueza a partir de la iniciativa privada o la simple expedición de una carta de naturaleza a la libre voluntad de los agentes económicos, sino una doctrina amplia sobre los principios que debían regir la intervención de los Gobiernos.

En síntesis, la supremacía de la libertad en el plano político es un triunfo del individualismo filosófico, pero igual tiene que leerse, anota Keynes en *Final del laissez faire* (1926), como el triunfo de los derechos de propiedad y la potestad de los hombres para emplear sus bienes e ideas según mejor se les antojara siempre que hicieran el bien a la humanidad. Ayudó, nada menos, que a la legitimación del capitalismo

LAS MANIPULACIONES DEL LAISSEZ-FAIRE

La *Riqueza de las naciones* ayudó a entender la dinámica del capitalismo. Aspiró también a determinar la agenda de los Gobiernos frente a la generación de riqueza, ofreciendo una perspectiva distinta al proteccionismo. Dotó igual a la prédica del *laissez-faire* de un estatuto de ciencia absoluta, pretensión de fe que la prosperidad que el mundo capitalista vivió entre

1780 y 1850 ratificó en un notorio contraste con el desempeño manirroto de los tesoros reales. La prosperidad material en este período facilitó a la propaganda la manipulación de la doctrina de Smith; extralimitó sus alcances históricos al otorgarle una postura de fe. La mano invisible pasó de un concepto con valor predictivo a ser un principio teológico. En la propaganda, en el vértigo del éxito del sistema de libre empresa, en Francia e Inglaterra sufrió la fusión con la máxima *del laissez-faire*; fue en el siglo XIX donde el pensamiento de Smith sufrió una primera y feroz contaminación de manos de divulgadores ignorantes de los presupuestos morales adscritos al régimen de libertad de empresa que Smith defendiera.

Triunfó la prédica sobre la conceptualización, la máxima simple aventajó al principio elaborado. Una tarea de propaganda auspiciada por el espíritu de los hombres de negocios ante la mirada impávida, a veces anonadada, cuando no cómplice de los economistas, que solo al final del siglo XIX tuvieron el valor de gritar la falacia del hijo indeseado. Alfred Marshall fue uno de los primeros en descalificar la máxima del *laissez-faire*, pero la suya, igual que la crítica de otros economistas, representó una opinión minoritaria a decir de Keynes en *El fin del laissez-faire*. El capitalismo del *laissez faire* aún tenía mucho combustible. La falacia, la sustitución, siguió operando.

Sorprenderá saber que la expresión *laissez-faire* no hace parte de la obra de Smith, sino que entró al ámbito académico inglés mucho más de medio siglo después de la publicación de la *Riqueza de las naciones*. Smith debió conocerla, pues en Francia la expresión gozaba de aceptación entre los comerciantes y fabricantes. Es imposible que no la haya conocido durante la estadía en París, donde entabló amistad con los fisiócratas, partidarios del libre mercado. Que no la haya empleado indica que

el pensamiento suyo sobre la libertad de mercado respondía a otras motivaciones.

El accionar de los partidarios del *laissez-faire*, sucedido en el siglo XIX a raíz de los avances del capitalismo, ofrece acaso un firme indicio de la ideologización de Smith, la génesis. El optimismo material, el deseo de evitar las advertencias que Smith introdujo como límites al principio de la mano invisible, condujo a soslayar los temores que el autor escocés abrigó sobre la acción racional de los agentes. Resultó fácil que los argumentos del principio de la mano invisible encajaran con la prédica *del laissez-faire*.

La tendencia ha sido la de ignorar las advertencias de Smith o la de minimizarlas, exacerbando en cambio el fanatismo del mercado capaz de autorregularse. Así, una concepción que cumplió un papel crucial en el despegue del capitalismo, vital en la formación de una ciencia, terminó, desde entonces, fanatizada, despojada de las circunstancias históricas en que surgió.

Smith, si bien postuló con ardor la concepción de la mano invisible, en la pugna contra el mercantilismo dominante, no dudó en hincar señales cuando los hechos históricos le mostraron que la felicidad individual en el mercado no siempre coincide con el interés general. En el propósito liberal no estuvo guiado por el simple deseo de ofrecer una sustentación a una prédica: quería proveer un marco conceptual analítico del sistema de libre competencia. Así postuló los fundamentos de la libre competencia y buscó en los hechos las evidencias a las predicciones efectuadas. Todo fue dejado de lado. Smith era celoso en la verificación de las pruebas adversas al mercado. Él mismo, si bien exaltó la importancia del descubrimiento de América en la ampliación del capitalismo, fundamental en

la especialización del trabajo y la mejora de la productividad, consignó sin amargura el efecto nocivo que por cuenta de “la salvaje injusticia de los europeos” le tocó soportar a los pueblos precolombinos. Quizá una de las mayores falencias de la noción de la mano invisible es creer justo en el individualismo benefactor de los hombres, en destacar los avances materiales en término de productividad, de crecimiento, sin listar en la columna vecina las pérdidas y los costos.

Si la historia sigue finalmente una línea ajena a las acciones de los hombres —lejos de ser el producto de intenciones deliberadas— no hay ninguna razón para predecir que dicha evolución tiene que ser siempre favorable. Ello tampoco debe ocultar que, de hecho, la libertad admite la desigualdad como estímulo del capitalismo porque esta puede actuar en cualquier sentido, incluso en el menos deseado. La excepción al efecto benéfico de la mano invisible tiene igual validez. En este dilema debió pensar Smith cuando, al enfrentar los hechos históricos, levantó salvedades a la bondad del principio metafísico de la mano invisible. El empirismo escocés debió imponer el peso de una tradición de libertad que sabía mirar hacia el soberano o acudir a la fuerza de la costumbre cuando los individuos olvidaban las virtudes morales, cuando decidían saltarse los principios. La inferencia es viable una vez conocido el proyecto inicial de Smith de escribir no una obra de economía sino un tratado sobre los principios del Estado y el Derecho, siguiendo en ello la senda del filósofo político Hugo Grocio³ (1583-1645),

³ Smith admiró en Grocio “el sistema de principios que debían atravesar y ser la base de las leyes de todas las naciones”. Así como su tratado de derecho de la guerra y de la paz. Fijese el lector que Smith concibió la *Riqueza de las*

uno de los inspiradores de su conceptualización. Se trata de un sistema de principios generales del Estado y el Derecho llamados a actuar como marco regulatorio de la iniciativa privada, no para constreñirla, sino para acrecentar y garantizar la libertad. sin embargo, ha recibido más divulgación parte de la historia del pensamiento de Smith, lo que favorece el predominio del economista en detrimento del filósofo moral o político.

En el caso de Smith el *laissez-faire* ha imperado por sí solo una vez la mano invisible le suministró el aliento vital. La economía mixta, surgida luego de la Depresión, de manera visible y transparente contribuyó a limitarlo. El deseo de aprovechar las falencias del Estado, de rescatar porciones de la economía mixta a favor del mercado libre, ha aprovechado el esfuerzo doctrinal del liberalismo económico de las segunda postguerra para revivir el *laissez-faire* al que Keynes le pasó acta de defunción en 1926.

naciones como parte de una obra más amplia sobre los principios que debían regir a los gobiernos. Un libro que nunca redactó. Esta intención respalda la relevancia importancia del gobierno en la organización de la sociedad y la vida económica. Entonces, es normal que el filósofo hubiera manifestado las debidas reservas frente a la ilimitada bondad de la mano invisible. Esta valoración su pensamiento no deja duda de la importancia del gobierno, independiente de una mayor o menor interferencia. El tono dominante exigía “poca interferencia”, según advirtió Edmund Burke, amigo también de Smith. Correspondía a la legislación determinar el mínimo de interferencia que el gobierno debía asumir con “sabiduría pública”. Ese sistema de principios generales del derecho y el estado era la ambición hacia la que apuntó Smith. Una potente consideración para mirar con reserva el poder de la mano invisible. Incumplió la promesa pero, en la *Riqueza de las naciones* está claro que la iniciativa privada debe ceñirse, como enfatiza James Buchanan, a un marco proporcionado por el Estado de respeto a la propiedad privada y de los contratos legalmente exigibles.

El neoliberalismo del último tercio de siglo, sobre todo en la vertiente propagandística, ha sido el arma intelectual que posibilitó la resurrección del *laissez-faire* en Wall Street, auspiciando una nueva ideologización del pensamiento de Smith. El exceso de cilantro, habrá que decir, daña la sopa. Sabiduría de abuelas. Así que habrá que insistir en la advertencia de cuidar el capitalismo del capitalismo, es decir, de los capitalistas. Smith estaba de acuerdo en ello.

UNA CONVENIENTE RELECTURA DE SMITH

Pero una lectura objetiva de la obra Smith—incluso de la *Riqueza de las naciones*—prueba más bien que daba por sentado dos cosas en la concepción del mercado libre: no siempre hay que esperar la postura racional de los agentes económicos, no siempre todo marcha según el sano orden de los negocios y el mundo natural. Algo, admitía el profesor Smith, pasaba a la mano invisible; en alguna parte, las normas sociales informales claudicaban. Sin diques explícitos que respetar, el egoísmo podía producir resultados contrarios al interés general. Hipótesis o realidad, se vio forzado a aceptar los desajustes o rupturas que justificaban la intervención del soberano o del Gobierno. Ante esta disyuntiva, Smith reclamó la intervención del Gobierno y exigió su entrada en aquellos sectores desafectos a la iniciativa privada, pero necesarios para el funcionamiento de la actividad económica. Cumplió así, de hecho, una labor de divulgación al esclarecerles a las autoridades de Inglaterra y a los hombres de negocios los fundamentos de la riqueza.

KEYNES Y EL LAISSEZ-FAIRE:**TESTIMONIO Y LECCIONES DE UN ENFRENTAMIENTO**

Keynes fue en el siglo xx un adversario radical del *laissez-faire*. Proveyó algunas iniciativas que fundamentaron la intervención del Estado en la economía a partir de la Depresión, si bien en Inglaterra y Alemania en décadas anteriores se había acudido a políticas de corte intervencionistas. Esta visión intervencionista ante la crisis terminó en la creación de la economía mixta, que más o menos predominó hasta los años setenta, cuando el neoliberalismo alcanzó la audiencia política suficiente en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Suecia, Australia y Nueva Zelanda para que los partidos conservadores catalizaran el descontento inherentes a los vicios del estado.

En *El fin del laissez-faire*, Keynes no solo le expidió el acta de defunción al liberalismo decimonónico, sino que realizó una disección de los vacíos detrás de la concepción de la propia mano invisible. En este ensayo recalcó la sustancia metafísica de dicho principio y cuestionó el interés privado y el paradigma de la racionalidad económica. También encontró natural que la mano invisible hubiera provisto de sangre la máxima del *laissez-faire*, pero atacó igual la sangre común de ambas variantes: la excesiva presunción filosófico-moral en las bondades de la libertad. Propuso, además, pensar la economía sobre una sustancia menos etérea, más concreta. Pidió:

Eliminemos los principios metafísicos o generales sobre los que, de cuando en cuando, se ha fundamentado el *laissez faire*. No es verdad que los individuos tengan una “libertad natural” sancionada por la costumbre de sus actividades económicas. No existe un “convenio” que confiera derechos perpetuos sobre

aquellos que tienen o sobre aquellos que no adquieren. El mundo no se gobierna desde arriba, de manera que no siempre coinciden el interés privado y el social. No es dirigido aquí abajo de manera que coincidan en la práctica. No es una deducción correcta de los principios de la economía que el interés propio ilustrado produzca siempre el interés público. Ni es verdad que el interés propio sea generalmente ilustrado; más a menudo, los individuos que actúan por separado persiguiendo sus propios fines son demasiado ignorantes o demasiado débiles, incluso para alcanzarlas. La experiencia no demuestra que los individuos, cuando forman una unidad social, sean siempre menos clarividentes que cuando actúan por separado (Keynes, 1926).

Atacó duro sin preocuparse por distinguir el *laissez-faire* de la mano invisible. Si bien el interés individual es el motor de la economía, el avance del capitalismo ha provisto pruebas suficientes de los límites de la racionalidad y la armonía en que Smith apoyó su concepción. La acción individual es, muchas más veces, implacable, deliberada. El afán de beneficio, el afán de lucro, rara vez piensa en el bienestar. Extralimitará cualquier frontera moral o legal. E igual rodará sin contención, si no hay reglas que actúen a la manera de señales de tránsito. Someterá el mismo sistema a riesgos impensados. El actual desastre de Wall Street ilustra los extremos a que los que pueden conducir la libertad y la racionalidad de los agentes del mercado ante la inexistencia de controles, de normas que preserven el sistema. No es esta una declaración abierta a favor de la intervención a secas; la experiencia intervencionista tampoco ha probado actuar con absoluta clarividencia, pero a estas alturas es innegable que sin reglas de juego asentadas ninguna sociedad o sistema económico funciona. Hace falta más que cinismo para afirmar una vida salvaje sin normas de ninguna índole.

LAISSEZ FAIRE: EL VOTO DE LA RAZÓN PRÁCTICA

Creámosle a Keynes. Surtido el papel de Smith, al fundamentar el bien público en el esfuerzo natural de cada individuo que persigue el propio bienestar, llegó el momento de popularizar el descubrimiento o de enlazar la mano invisible con la prédica de los hombres de negocios de dejar hacer, es decir, la máxima del *laissez faire*, expresión que Smith nunca utilizó y que entró al lenguaje académico muchos años después de manos de Jeremías Bentham, cuando este publicó el *Manual de Economía Política*. “El filósofo político podía retirarse”, anota Keynes, “en favor del hombre de negocios, porque el último podía alcanzar el *summum bonum* solo con perseguir su propio beneficio privado”. Faltó, para que la máxima alcanzara el valor de doctrina, que coincidieran el descrédito de los Gobiernos del siglo XVIII y la prosperidad material que Europa, pero especialmente Inglaterra, vivió entre 1750 y 1850. En el hombre común llegó a asumirse como norma de fe el *laissez faire*. Los hechos, su adecuada divulgación, bastaban. No hacía falta revisar a Smith. Para algunos habría sido decepcionante descubrir que Smith, el tal Smith, el reverenciado Smith, el profesor Smith no usaba la expresión *laissez-faire* en la *Riqueza de las naciones*. Las cifras de la prosperidad material del siglo XIX apoyaba la elaboración ético-filosófica de la mano invisible. El *laissez faire*, su versión pragmática, adquirió igual el rótulo no de versículo, sino de evangelio. Apareció en el horizonte otro descubrimiento: la revolución darwinista que postuló que el principio de supervivencia de los más aptos. Sugiere Keynes, con ilustrado cinismo, que incluso solo faltó que la libre competencia se tomara para sí la hechura del hombre: su postura bípeda. El *laissez faire* acabó con una nueva vuelta

de tuerca de apuntalar su reinado como doctrina. ¿Qué podía hacerse? Dejar hacer, dejar pasar. El Estado debía retirarse al cumplimiento de sus funciones mínimas (seguridad, leyes, etc.) y la vida económica debía dejarse sin restricciones a la habilidad y buen sentido de los ciudadanos. Según Keynes: el individualismo de los filósofos y el *laissez faire* de los hombres de negocios coincidieron. La Iglesia de Inglaterra estaba fundada. Los apóstoles –filósofos, economistas– podían retirarse. Smith también. El mundo había que dejarlo en manos de los hombres del comercio, la industria y las finanzas. A los medios, a las instituciones educativas les correspondía evangelizar con la doctrina en mano.

Es notorio que una creencia de los hombres de negocios al ser fundamentada desde la filosofía y la economía haya adquirido el estatus de dogma económico. Dejar hacer fue la expresión con que el comerciante Legendre le respondió J. B. Colbert⁴ cuando este quiso saber sobre la ayuda requerida

⁴ El encuentro se produjo a finales del siglo XVII entre Jean Baptista Colbert, ministro de finanzas del rey Luis XV, y el comerciante Legendre. A la pregunta de Colbert sobre cómo podría el gobierno ayudar en los negocios –¿*Que faut-il faire pour vous aider?*–, la respuesta del comerciante fue: *Laissez nous faire*, que traduce “que nos dejen hacer”. Este era, por supuesto, el sentir de muchos comerciantes y de ciertos fabricantes. En Francia, los fisiócratas eran partidarios de la libertad en la manufactura, libertad en el comercio, y, en general, una intervención mínima del gobierno.

Es muy factible el origen italiano de esta expresión. En los textos del economista italiano del siglo XVII, Antonio Serra, aparece. El economista francés Gournay –amigo de Turgot– la usaba frecuentemente, aunque no figura en sus libros. La atribuyó siempre a Legendre. Francia es, sin duda, el país donde alcanzó un uso más destacado entre los partidarios del libre comercio.

Posteriormente la frase fue ampliada a “*laissez faire, laissez passer*”, que significa “*dejad hacer, dejad pasar*”, referencia explícita a la completa libertad en la economía: libre mercado, libre manufactura, bajos o nulos impuestos,

del Gobierno. No pidió nada. Solo dijo: “dejadnos hacer”. Una respuesta que, al ganar ciudadanía, no solo culpó a los Gobiernos de la ruina de la industria, sino también acuñó otra frase de indudable impacto escénico: “Para gobernar mejor, sería preciso gobernar menos”, que la historia del pensamiento económico le atribuye al marqués inglés Argenson. En términos contemporáneos significó la reducción del Estado benefactor, que ciertamente hizo mal muchas cosas y muy mal algunas otras que les correspondía hacer a los particulares.

Derivó el *laissez faire* de ser una frase, una reclamación, a cobrar el cuerpo de un dogma, pero, sobre todo, al ingresar a la maquinaria educativa de la sociedad inglesa, tomó la eficacia de una aplanadora que invadió las mentes y la política de otras sociedades europeas. Solo muy pocos economistas, subraya Keynes, sobre todo a partir del último cuarto del siglo XIX, atacaron una regla práctica sin ninguna base científica. Una especie de exorcismo de una disciplina que ya para entonces había ganado total independencia. Pero ni siquiera los esfuerzos

libre mercado laboral, y mínima intervención de los gobiernos. Se admite que el primero en usarla fue el economista Jean-Claude Marie Vicent de Gournay, fisiócrata del siglo XVIII.

En este siglo, Ludwig von Mises, líder de la Escuela Austriaca de Economía, con habitual crudeza de visión propuso una variante del *laissez-faire*. El *laissez-faire* no significa, escribió, dejen que operen las desalmadas fuerzas mecánicas. Significa: dejen que cada individuo escoja cómo quiere cooperar en la división social del trabajo; dejen que los consumidores determinen cuáles empresarios deberían producir. La planificación, entendida como intervención, tiene en Mises el significado siguiente: dejen que solo el gobierno escoja e imponga sus reglas a través del aparato de coerción y compulsión. Reiteró: *Laissez faire* significa: dejen que el hombre común escoja y actúe; no lo obliguen a ceder ante un dictador. (Extractos de *Humana acción*, 1949) Igual que Hayek, alumno suyo, Ludwig von Mises es ubicado en el llamado liberalismo libertario, una reformulación del liberalismo clásico.

de Alfred Marshall y de otros economistas que ilustraron situaciones en donde la mano invisible generaba inequidades y conflictos pudieron contra el dogma elevado a paradigma y transformado en hábitos. Estaba tan bien aclimatado en la mente de un mundo, que hubo necesidad de una crisis colosal: la Depresión de fines de los veinte del siglo XX para que el *laissez faire* sufriera la primera fractura mortal. Keynes pensó, en cambio, en su muerte, en su extinción.

UN DILEMA VIGENTE

Suena familiar todo. Es la filosofía política que en el último cuarto del siglo XX bajo el emblema del neoliberalismo se enseñó en las aulas y adoptaron muchos países en este lado del mundo. Es la ortodoxia de acero que defendió la liberación financiera de finales de los setenta en los Estados Unidos. Es el evangelio responsable de la ruina de bancos, firmas aseguradoras e inmobiliarias en Estados Unidos y en varios países de Europa, pese a las fundadas advertencias de hombres como Minsky que, hará menos de treinta años, pronosticó el desastre financiero de Wall Street.

Sigue siendo un tema delicado hoy, como en tiempos de Smith, la manera en que el Estado y la sociedad deben repartirse las cargas. En tiempos de Smith, Edmund Burke, otro amigo suyo, calificaba de delicada tarea de la legislación entrar a determinar la parte de responsabilidad del Estado en la administración de la sociedad. El talante conservador le exigía que esta interferencia fuese poca y sabia. No pregonó, como sí hicieron otros, ninguna interferencia. El dilema sigue vivo, más o menos resuelto. Nadie dudará, después de tantos desastres, y de las omisiones del Estado, que este sea un elemento pasivo. El

Estado es el escenario de pugnas administrativas y políticas. La agencia del Estado es vital, imprescindible, a condición de que la acción pública responda con la sabiduría esperada los desafíos del mercado y de la política. Al igual que en los tiempos de Keynes, y dado el desmantelamiento que el Estado sufrió en el último tercio de siglo de dominación neoliberal, corresponde no solo a los economistas, sino también a los políticos y a la sociedad redefinir una nueva agenda para los Gobiernos. A menos de un siglo de la intervención académica de Keynes, nadie duda, frente a las primeras manifestaciones del desastre financiero que sufre el mundo a fines de esta primera década del siglo XXI, que urge poner en la mesa otro póquer. Esta exigencia, que pareciera a apuntar con mayor intensidad hacia la creación de reglas globales, al menos, es un sentir académico que empieza a ganar terreno en la prensa internacional ante el tamaño aún sin calcular del desastre.

LA PERMANENTE IDEOLOGIZACIÓN DE SMITH

La más reciente ideologización del pensamiento de Smith corrió a cargo del neoliberalismo. A través de un colosal empeño esta corriente de pensamiento ayudó a socavar el Estado benefactor y otorgarle un nuevo vigor a la fórmula del *laissez-faire*. Fue una actitud gradual que aceleró el paso una vez la economía del New Deal perdió efectos en la administración Eisenhower.

Fue un proceso deliberado que abarcó algo más de tres décadas y que triunfó a mediados de los setenta con la aceptación política de las principales ideas de Milton Friedman. La antipatía hacia la economía mixta surgida como alternativa a la depresión nunca cesó. Unos pocos nombres de

reconocidos economistas sirven para ilustrar el punto. Frank Knight, uno de los fundadores de la Escuela de Chicago, fue uno de los primeros. Nunca disimuló la animadversión hacia el intervencionismo keynesiano, a pesar de admitir que el capitalismo no representaba tampoco el mejor de los mundos posibles. Era “un escéptico que dudaba de la capacidad del hombre para mejorar su condición a través del Gobierno” (Samuelson, 1972). Schumpeter no dudó tampoco en ironizar sobre el capitalismo posterior a la Depresión. Creyó el importante economista austríaco que la economía mixta, más que una innovación del capitalismo moderno, equivalía a una “tienda con oxígeno”, afilada definición suya recogida en *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942). Samuelson en el artículo *¿Estamos en el ocaso del capitalismo?*, publicado en 1976 inicialmente y recogido con posterioridad en el volumen *Economía desde el corazón*, lamenta que su maestro Schumpeter no hubiera vivido un cuarto de siglo más para presenciar la equivocación de su amarga predicción. En ninguna época –reitera Samuelson– creció tanto la economía mundial, ni siquiera en los mejores tiempos de la era victoriana. Crecieron no solo los países grandes y más desarrollados, sino incluso países nuevos: Singapur, Hong Kong, Taiwan y Tailandia. Aunque, como el mismo Samuelson se lamenta, la economía no hubiera crecido más allí donde hacía más falta, es decir, en los países de menos ingresos de África, Asia y América del Sur y el Caribe. Pero a pesar de estas evidencias, el malestar en los Estados Unidos e Inglaterra no cesó. Los partidarios de restaurar el mercado, los celosos del tamaño del Gobierno, nunca resignaron esperanzas y aprovecharon cualquier mala asignación en los programas sociales y el aumento de la carga fiscal para atacar. No dejaron de constatar que el fin del

New Deal representó apenas una pequeña reducción de la intervención pero de ninguna manera el regreso a la iniciativa privada anterior a la Depresión. Hubo alivio en la carga para los hombres de negocios, recortes en los gastos públicos y tres recesiones (Samuelson, 1979). Controlar la inflación, una de las armas de la nueva escuela, significó que el crecimiento real de los Estados Unidos registrase una media de 2.5%. Los ataques fueron moderados por las cifras de la década de los sesenta, pero, aun así, a estas alturas ya estaba configurado el memorial de agravios del credo conservador en los Estados Unidos: crecimiento anémico, exceso de carga fiscal, ineficiencia del gasto público, inflación y los temores no tanto a la economía mixta sino al advenimiento del capitalismo planificado.

Por esta época, Hayek hizo un esfuerzo doctrinal para ilustrar los fundamentos del capitalismo, aunque hay que anotar a favor suyo que este empeño reconoció el rol de los Gobiernos en la economía de libre mercado. Friedman, más optimista que su maestro Knight, aunque no fue solo él, hizo la nueva formulación del principio de la mano invisible: la eficacia del mercado y la tendencia a autorregularse. Esta postulación volvía a solicitarle al Estado cada vez con más autoridad, al mismo Estado responsable del salvamento del capitalismo en los años treinta del siglo XX, el retiro. Friedman incluso en una hábil presentación de los hechos llegó a cargarle la culpa de la Depresión. La prédica fructificó a fines de los setenta, década en donde el avance de la política conservadora en Inglaterra, con la Thatcher, y en los Estados Unidos, con Reagan, terminó de afinar el lamento conservador.

En los Estados Unidos, a principios de 1979, las cifras no andaban bien, así que la ideología conservadora afiló los diagnósticos y preparó la mentalidad del hombre americano para el triunfo de Reagan y el éxito político del neoliberalismo,

que en pocos años acabó extendiéndose a los países del sur del continente— sobre todo en Chile— y llegó a principios de los noventa a Colombia en la transición de Barco a Gaviria. La estanflación fue, de hecho, un tema que los hogares sintieron en los Estados Unidos. Así que un lento crecimiento, paro superior al 6% e inflación de más de dos dígitos conspiraron a favor del liberalismo de Chicago. Este fue un punto crucial, enfatiza Samuelson, en donde el credo conservador americano y el inglés salieron a relucir. Volvieron a citarse las prevenciones de John Adams y Alexander Hamilton sobre los peligros de la costosa democracia; el mismo credo de desconfianza hacia la democracia que esgrimiera Edmund Burke en los tiempos de Smith. La democracia significaba una enorme carga para los ricos a favor de la población pobre creciente.

El ataque a la injerencia gubernamental es bien conocido. El Estado es ineficiente, corrupto. A contrapelo, el mercado ofrece soluciones eficientes. El Estado, entonces, debe retirarse a cumplir funciones mínimas. Es cierto que el mercado atempera las actitudes monopolistas, que ofrece salidas a las externalidades, pero quizá el mayor pecado del neoliberalismo, sobre todo en manos de Stigler, Seldon y Milton Friedman, radicó en ofrecer soluciones de mercado a todos los problemas, validos de una visión optimista del paradigma de la racionalidad. Asignar bien no significa que los resultados sean benéficos para todos. La desigualdad cumple un papel estimulante en el capitalismo: permite innovar y poner en el mercado nuevos productos y servicios. El capitalismo tiende a concentrar la riqueza, pero de manera especial en aquellos períodos en donde los Gobiernos dejan que el mercado actúe sin regulación.

En estos ataques al Estado hubo incluso incompreensión de las relaciones entre la libertad mercantil y el imperio de la ley. Una nueva cita (Hayek, 1997) es revelante:

El clásico argumento a favor de que la libertad señoree la vida mercantil descansa sobre el tácito supuesto de que el imperio de la ley ha de regir aquella y cualesquiera otras actividades. Difícilmente nos percataremos del auténtico significado de la oposición que hicieron al intervencionismo estatal hombres como Adam Smith o Jhon Stuart Mill si no la examinamos desde el indicado ángulo. La actitud que tales pensadores adoptaron ha sido, a menudo, torpemente interpretada por quienes no se hallaban familiarizados con dicha concepción básica; y la confusión surgió tanto en Inglaterra como en América en cuanto el concepto de Estado de Derecho que, por supuesto, ya no se dio. La libertad en el ámbito mercantil ha significado libertad amparada por la ley, pero no que los poderes públicos se abstengan de actuar. La interferencia o intervención —que por razones de principios aquellos tratadistas condenaban— tan solo significaban transgredir la esfera de la acción privada, actividad que precisamente la soberanía de la ley intentaba proteger. Los escritores en cuestión no pretendieron que los poderes públicos hubieran de desentenderse de los asuntos económicos; afirmaron que existen actuaciones estatales que por principio han de prohibirse: no pueden ser justificadas por razones de conveniencia.

Hayek, pensador amplio e informado, argumentó que tampoco podía considerarse prohibitivo al Estado intervenir en la prestación de ciertos servicios, a condición, por supuesto, de que actuara como un particular y no limitara la libertad de competencia. Asimismo, entendió, igual que entendieron Smith y Mill, la importancia de la intervención en la prestación de actividades distintas a las del monopolio de la fuerza y la justicia que favorecían a las decisiones individuales. Entre las mismas citó: el sistema monetario, pesas y medidas; el suministro

de información catastral; registro de propiedad; estadísticas; servicios de sanidad e higiene; vías, entre otros. Los poderes públicos podían estar, de hecho, mejor calificados para tomar la delantera en tales esferas, dado los altos costos iniciales en relación con los ingresos, sin que ello significara que el Estado no pudiera solicitar la colaboración, en algún otro momento, de la acción privada, fomentando la competencia. El argumento fuerte de Hayek, a nombre de la libertad, consistió en advertir que incluso las empresas estatizadas, si actuaban con eficiencia y no excluían la libre competencia, podía operar sin entrañar ningún peligro para la libertad mercantil.

Esta comprensión de Hayek debió resultar sospechosa a quienes esperaron acaso de él una posición más dura contra el intervencionismo. Pero Hayek jamás alimentó semejante esperanza en los partidarios del *laissez-faire*. El distanciamiento con ellos quedó bien trazado. Ser partidario del libre mercado no tenía que encerrar una posición enemiga de la intervención estatal.

El alcance y variedad de la acción estatal, reconciliable en principio con el sistema de libertad, es, por tanto, considerable. La vieja fórmula *del laissez-faire* o de no intervención no nos suministra criterio adecuado para distinguir entre lo que es admisible en un sistema libre y lo que no lo es. Hay un amplio campo para la experimentación y la mejoría dentro de este marco legal permanente que posibilita el funcionamiento de la sociedad libre dentro de la máxima eficiencia. En ningún caso podemos estar seguros de haber hallado ya las mejores soluciones e instituciones que permiten un funcionamiento tan beneficioso como sea posible de la economía de mercado. Verdad es que, una vez que se han establecido las condiciones esenciales del sistema de libertad, las mejorías institucionales posteriores han

de ser, forzosamente, lentas y graduales. Ahora bien, el continuo acrecentamiento de la riqueza y progreso del conocimiento técnico que tal sistema hace posible sugerirán de modo constante nuevas maneras de rendir servicios a los ciudadanos por parte del Estado y de sacar a la luz posibilidades dentro del nivel de lo practicable (Hayek, 1997).

Esta convincente claridad de Hayek contrasta con la visión de un paisano de suyo: Joseph Schumpeter, pesimista y cínico frente al futuro de la economía mixta. Es una formidable señal del espíritu liberal de Hayek frente a las sombrías quejas de los colegas conservadores.

EL COSTO DE LA IDEOLOGIZACIÓN NEOLIBERAL

La ideología, en tanto persigue cohesionar los vínculos sociales, formar conciencia y crear valores, constituye una expresión consciente de intereses de poder. En la ciencia cumple un papel similar. La sociedad, ha dicho Thomas Kunk, orienta con sus necesidades e intereses la actividad científica. La ideología ayuda a formar una ciencia y a formar en ella. Es un proceso necesario y, en ciertas etapas de desarrollo de las ciencias, conflictivo; esta tensión se expresa en las pugnas de paradigmas. Así avanza.

La ideologización sería un intento deliberado, político, que recurre más a la prédica y la propaganda para mantener vigentes paradigmas (principios, conceptos y modelos) que la realidad ha dejado atrás o que tienen validez dentro de ciertas condiciones metodológicas. Esta extensión del paradigma más allá de la realidad en la que surge, más allá de sus limitaciones formales, obedece al valor predictivo y abstracto

de los principios y los modelos. Ir más allá, forzar la ciencia, constituye ideologización. El principio del homo económico, en manos de la economía clásica y neoliberal, ilustra bien ese sesgo ideologizador.

El homo económico no siempre actúa de modo racional. El interés general, involuntario, derivado del interés particular fue un juego afortunado que le permitió a Smith explicar la esencia del capitalismo. Que la libertad de empresa promueve el crecimiento nadie la discute, pero que el sistema opere siempre en función de la racionalidad, el equilibrio, el interés general, es bien distinto. La racionalidad del homo económico que rige el sistema es insostenible. Es una estrategia metodológica. Es una forma de “imponer el orden intelectual”, ha recordado Krugman, “en la complejidad de la vida económica”. El comportamiento racional es, pues, “una simplificación fructífera”, que le permite a la economía alcanzar un valor predictivo. Es una hipótesis con capacidad de predecir el comportamiento económico. Actuar así, olvidar que la realidad no siempre funciona o no funciona según el principio o el paradigma, en ciencia es incurrir en una práctica distorsionadora, interesada. En esta fase, la ideología interesada reemplaza la ciencia. La ciencia ideologizada deriva en credo, obliga a forzar los hechos y a reacomodar la validez universal del paradigma en discusión.

A este empeño deliberado se entregó la economía neoliberal en los últimos cincuenta o sesenta años. Un esfuerzo filosófico, doctrinal, técnico y político que, en el afán de desacreditar el papel del Estado, de ignorar los beneficios de la economía mixta, ha pretendido, una vez triunfó políticamente en la década de los setenta, encerrar el pensamiento económico y desconocer las limitaciones de la mano invisible y del principio

del homo económico racional. Esta es la experiencia de la economía neoliberal. La defensa y promoción de la libertad, de la racionalidad, la condujo, sobre todo después de alcanzar el triunfo político en Inglaterra y los Estados Unidos, a asumir una postura dogmática, inquisitorial, propia de la Iglesia y las épocas de cacería de herejes.

La ideologización adquiere la forma de la fe, incluso en los economistas más sólidos. Esta ideologización extrema del pensamiento de Smith alcanzó sin duda en la figura de Milton Friedman la cota más alta, sin desconocer su autoridad de economista teórico, cuyos méritos están fuera de discusión. Como portavoz del credo neoliberal, extremando el valor predictivo de la ciencia, adoptó como una tarea personal el programa de desmontar el Estado para permitir el regreso omnímodo del mercado. Una vez alcanzó la audiencia de la política conservadora y de los empresarios, el camino, conquistado el poder, quedó servido para Friedman y la Escuela de Chicago. Es bien conocido el itinerario para listarlo aquí. A este ensayo le importa resaltar los efectos de la ideologización. Así, tan pronto y en donde quiera que triunfó, el neoliberalismo respondió con el desmonte de las políticas de bienestar, la reducción de la carga fiscal para los más ricos y eliminó o redujo los controles al capital, en especial al financiero. Thatcher en Inglaterra y Reagan y los Bush en Estados Unidos siguieron dicha orientación, amparados, hay que anotarlos, en los malestares de la gente como resultado del desempleo y la inflación en aumento, que sirvieron de trampolín al nuevo credo.

Luego de treinta años de dominio, los resultados de las políticas neoliberales en los Estados Unidos sirven para entender parte del fracaso del paradigma ideologizador, para entender la manera en que Friedman asumió su papel de

divulgador del credo. Todo el análisis que sigue se apoya en un reciente y oportuno trabajo valorativo (Krugman, 2008) sobre Milton Friedman, el abanderado y hombre más influyente, hasta su muerte, de la escuela neoliberal: *¿Quién fue Milton Friedman?*

Según Krugman, retomando un planteamiento similar de Samuelson, Friedman, en tanto divulgador del retorno y defensor de la eficiencia del mercado, no solo asumió una empresa intensa, sino que no dudó en presentar con habilidad y sesgos los resultados de los análisis del capitalismo. En el ataque a la economía mixta, admite Krugman, Friedman en 1976, año en que su prédica de tres décadas empezó a contar con más influencia, destacó el espectacular crecimiento del capitalismo entre la Guerra Civil y la I Guerra Mundial como el resultado exclusivo del individualismo salvaje. Una etapa de libertades plenas en la que el hombre de a pie gozó de comodidades impensadas. Krugman no disiente en aras de avanzar en la exposición, pero señala un detalle útil y revelador de la mente ideologizada, que Friedman olvidó citar: entre 1946 y 1976 –años de su labor evangelizadora a favor del *laissez-faire*– es el período de mayor crecimiento y bienestar del capitalismo en cualquier época. No solo en los Estados Unidos, sino en otros países, como lo advierte Samuelson en los mismos años setenta, décadas de controversias elegantes con el paradigma neoliberal en ascenso. En el período que va de 1947 a 1976, anota Krugman, la renta real media se duplicó. Pero en el período que va de 1976 a 2005, años de dominio del neoliberalismo y de los hombres de negocios, la renta media creció menos y la participación de la familia típica apenas recibió 1/3 de dicho aumento. La renta de la minoría rica aumentó. El desempleo y la inflación tampoco fueron controlados. La menor carga

fiscal sobre los ricos significó menos recursos para las políticas públicas de bienestar. El resultado global del libre mercado fue aumento de la desigualdad. No vivió Friedman para apreciar la actual crisis financiera. Resultado, sin duda, de la ausencia de marco regulatorio de la actividad. Algo habría argumentado; quizá hasta hubiera acusado al Estado de ineficaz. Las cifras de tres décadas de neoliberalismo no son del todo satisfactorias. Es claro que, en algunas partes de los Estados Unidos, los procesos de privatización de los servicios y de liberación de los mismos derivaron en posturas monopolísticas, como parece haber sucedido con el servicio de electricidad en California a principios de esta década. Condenar las salidas en falso del dogma neoliberal no significa condenar el capitalismo. Está fuera de ser un juicio de valor la crítica dirigida a las expresiones ideologizantes de la economía liberal. Tampoco pretende avivar el espíritu o el fantasma del socialismo. Pero el capitalismo solo, sin regulación, no funciona en la práctica según el designio de la mano invisible o el paradigma del homo económico racional. Los especuladores financieros de Wall Street constituyen un ejemplo apenas de los dolorosos resultados a que conduce la prédica del interés personal al más puro estilo *laissez-faire* que olvida las normas morales y las leyes del sistema de libre empresa. La actual crisis ofrece un costoso ejemplo de la creencia simplificadora en el simple paradigma del homo racional. Los mercados tampoco se autorregulan siempre. A los ficticios mercados financiero, inmobiliario y asegurador de los Estados Unidos, el milagro del ajuste automático se les extravió o cambió de tren. Estos ejemplos no persiguen sacar la leña del árbol caído. Sirve el propósito de mostrar el camino y el costo de la ideologización asociada al paradigma del libre mercado.

¿EL SACRIFICIO DE MILTON FRIEDMAN?

Milton Friedman fue el más organizado defensor del *laissez-faire* en la segunda mitad del siglo xx. El dogmatismo sobre el mercado lo condujo a ideologizar el paradigma de la mano invisible, de la racionalidad económica, al extremo de servir la avidez de los barones ladrones de las finanzas. El extremismo, el absolutismo liberal que guió su proceder de divulgador, hacen pensar en Jeremías Bentham y Edmund Burke, celosos partidarios de un Estado mínimo, de aliviar las cargas a los pudientes. ¿Habría marchado tan lejos Smith? Era buen observador de la realidad. Dio muestras de reconocer las conductas desviadas de la mano invisible que hacían necesarias leyes, normas, instituciones y la intervención del soberano. Absolutismo liberal llama Krugman al clima intelectual neoliberal que desbordó la fe en el mercado en contra del control estatal al punto de rechazar los “datos objetivos”, al extremo de romper los límites de la ciencia en el afán propagandístico.

El de Friedman es un caso extremo o agresivo de ideologización. Es la historia de un brillante economista, un teórico respetado, que acaba atrapado en las telarañas de la política. Extendió el papel de teórico al de predicador y gestor político de un credo, cuya defensa y promoción hizo consciente y agresivamente, al extremo de resultarle imposible dar un paso atrás, dado que su prestigio de intelectual ideólogo terminó primando. Si Friedman sabía dónde estaba el límite del principio de la racionalidad económica, por qué el intelectual público fue mucho más allá, se pregunta Krugman. Cayó en la trampa de la prédica, concluye Krugman, halagando los oídos de los más salvajes partidarios del *laissez-faire*. Había sentado las bases

del regreso de la ortodoxia, no podía salir a proponer reparos a la hora del triunfo. El Friedman político sacrificó con pleno conocimiento al Friedman académico en la pira de la ortodoxia.

Distinta a esta ideologización agresiva, con todas las cartas destapadas, puede calificarse la ideologización que Smith adelantó en la defensa de la libertad como fundamento del naciente capitalismo. La ideologización en Smith fue la del constructor de un enfoque teórico de fundamento, cuya cohesión explica el funcionamiento de un sistema. Acudiendo a un préstamo de la filosofía social, encontró en la libertad y en la propiedad el fundamento del nuevo orden social. Propugnar por el liberalismo, entonces, era ir a favor de un orden naciente, pero, además, promover el enfoque de una disciplina cuya popularización iba a servir para entender, al sustentar el libre comercio, la formación de la riqueza y defender la economía como un modelo de valor predictivo. La suya fue acaso una ideologización suave y objetiva en tanto cohesionó y dio forma a un orden al que no le eran ajenas las naturales restricciones morales que estudió en *Teoría de los sentimientos morales*.

El concepto de la mano invisible proveyó la clave para entender el funcionamiento de un orden social basado en la libertad, la propiedad y el mercado. Algo distinto es que, al correr un siglo, los hombres de negocios y los propagandistas hubieran empleado los conceptos de Smith para exigir la más absoluta soberanía del mercado. Aquí comenzó, sin duda, al identificarse la mano invisible con el *laissez-faire*, una ideologización que, más o menos prevaleció hasta la Depresión. Un credo que sin ignorar los esfuerzos teóricos y doctrinales de sus hombres más importantes (Mises, Hayek, Stigler, Seldon, Friedman) se fijó un programa explícito, incluso político, tendiente a rescatar el principio del mercado. La economía mixta

sería el blanco de los ataques. La ideologización consistió en negar los méritos y sobredimensionar los defectos o vicios de este capitalismo espurio, en cuidados intensivos. La negación de los méritos de la economía mixta hizo olvidar el avance que el capitalismo registró entre 1946 y 1976. Incluso Friedman, como puede constatar quien lea *Libertad de elegir*, en el afán propagandístico llegó a sugerir la culpabilidad del Estado, del Sistema de Reserva Federal –FED– de los Estados Unidos exactamente, en la Depresión. Acusó a la FED, en contra de los datos objetivos, de no haber rescatado a los bancos en quiebra y de no haber aumentado la oferta monetaria. Exigió intervención y culpó al Estado de una crisis que tuvo otras causas. Fiel al monetarismo, restó méritos, posteriormente, a la función cumplida por el gasto presupuestario en la superación de la crisis. Cumplió en el período que va de 1946 a 1976 un papel de teórico y predicador político importante. Samuelson y Krugman reconocen, igual el mundo académico, el cuestionamiento que hiciera de la inoperancia de la curva de Phillips en el largo plazo, en una afortunada aplicación del principio de la racionalidad económica a la macroeconomía, que le sirvió para predecir la estanflación de los setenta en los Estados Unidos. Con la colaboración de Phelps, demostró que en el largo plazo, al incorporar los consumidores las expectativas de inflación y negociar aumentos de salarios, le quitan a la inflación la fuerza expansiva y producen, como efecto siguiente, aumento del desempleo sin que los precios caigan. Esta predicción y otras contribuciones teóricas y técnicas figuran asociadas al nombre del economista cuidadoso en extremo, consciente del valor predictivo de los modelos de la ciencia económica. No es el caso de listarlas. Pero está el otro Friedman, el ideólogo, que consciente de los límites

metodológicos del mercado, del paradigma de la racionalidad económica, insistió en atacar al Estado y en contribuir de alguna manera al desmonte de instituciones reguladoras como la Ley Glass-Steagall, cuyo costo sufren los mercados financieros de los Estados Unidos y Europa con consecuencias aún incalculables. Es el del Friedman político, un ejemplo extremo de ideologización: la ideologización agresiva en la que se incurre a sabiendas, más allá de que el científico sea la misma víctima, y a la que le cuesta renunciar por ser muy transparente la prédica y demasiado visible el predicador. La imagen mediática termina absorbiendo al académico comedido. La prédica termina sirviendo, no a la economía del mercado, sino involuntariamente los intereses de lobos y barones. Esos hombres, diestros en la ficción financiera, prestos a cobrar inconcebibles primas de productividad, devotos de la variante postmoderna del *laissez-faire*: “déjenos ganar y ayúdenos cuando nos vaya mal”⁵. El Estado tiene que volver a vestirse de bombero a nombre de la confianza y la estabilidad del sistema.

No es realista intentar, en la otra orilla, una defensa a ultranza del intervencionismo estatal. La corrupción hace poco agradable semejante programa. La propia operación del mercado político trunca la eficiencia y la equidad de las políticas públicas. Es también terreno en donde empresarios medran en busca de medidas favorecedoras. Las políticas públicas tienen un peso que, incluso en los casos de inoperancia, de ineficiencia, cuesta desmontarlas. Es poco realista ignorar el poder del gasto presupuestario. La economía mixta es un es-

⁵ Expresión que hace carrera por estos días en la prensa americana. Acuñada por Benjamín Barber, profesor de ciencias políticas de Princeton y Harvard, a propósito de la crisis de financiera e hipotecaria de Wall Street.

cenario distinto al que conoció el capitalismo en sus primeros ciento cincuenta años. Exige, en consecuencia, otra mirada de la economía. En ello la teoría de la elección pública ha provisto la oferta más adecuada. Las soluciones del mercado operan, pero operan mejor donde el Estado no abandona las funciones de regulación. El Estado actúa mejor si es entendido como un sistema de intercambios que exige mejores reglas de juego. La liberación del mercado fue una intervención dolorosa, pero necesaria en muchos países de esta parte del mundo. Es exagerado atribuir el éxito de los países del sudeste asiático, que tanto reivindicó el neoliberalismo, a la simple acción de la mano invisible. Allí, en esas economías, el Estado intervino con políticas, programas y fondos en la modernización de las industrias, en la inversión en capital humano y en ciencia y tecnología. Los tiempos exigen sensatez.

¿QUÉ HABRÍA HECHO SMITH EN EL SIGLO XX?

Si Smith viviera o hubiera vivido en el siglo xx habría explicado que la mano invisible era una forma metafórica de referirse a las reglas o normas de distinta naturaleza que están presentes en el intercambio, pero que tendrían que ser explícitas allí en donde la armonía social sea débil o donde la razón de los agentes amenaza el bienestar. Igual habría señalado las influencias o préstamos que hizo a la Filosofía Moral: voluntarios o no. No se habría admirado de saber que, por vía de su amado maestro Hutcheson, él fue un beneficiario del pensamiento filosófico y económico de la respetable Escuela de Salamanca, cuyas aportaciones son cada más reconocidas en la literatura especializada. En la Depresión hubiera aprobado en esencia las opciones de Keynes. En plena era keynesiana hubiera seguido

con celo la acción de los Gobiernos, sobre todo el quehacer de aquellos de tendencia populista, proclives al derroche que busca apacentar los votos. Nada avala que haya que dejarlos solos. Si dos capitalistas pueden sentados en una mesa conspirar y tirarse el capitalismo, como lo sospechó y lo pensó, igual celo habría que enfilarse hacia los políticos y burócratas, que dejados a la buena de Dios siempre se las ingenian para ligar una ruina con otra. Habría compartido el escepticismo de Frank Knight, quien aceptaba a regañadientes al capitalismo: la mejor opción a la vista, pero declarándose adversario de la injerencia estatal. La economía mixta, dijo alguna vez este Sócrates del capitalismo, era una suerte de penitenciaría bien dirigida. Le habría tal vez impresionado el vigor del Milton Friedman político que creyó sin dudas visibles que el capitalismo es el mejor de los mundos posibles. Habría admirado el colosal esfuerzo doctrinal –intelectual– de Hayek. Habría agradecido la amistosa atención de Stigler hacia él. Habría adoptado una postura cercana a la del longevo Paul Samuelson (1915). Habría acaso observado con recelo el realismo con el que la teoría de la elección pública aborda el estudio del mercado político. Habría sacado a relucir sus inteligentes observaciones sobre el egoísmo, la simpatía y el papel del espectador imparcial en el accionar humano. Habría visto en la globalización una expresión airosa impensable del libre comercio. Pero habría visto en la actual crisis financiera de los Estados Unidos la más rotunda confirmación de sus peores temores frente a la total libertad de los agentes económicos.

EL CAPITALISMO SIGUE. SMITH TAMBIÉN

No hay que ser futurólogo para predecir la continuidad del capitalismo. Sí es bueno recordar que Smith asimiló el funcionamiento del sistema de la libre empresa identificado con la pervivencia de leyes y un Estado que opere en defensa de la libertad y sus instituciones. Nunca creyó tanto, como muchos divulgadores posteriores consagraron, en la total transparencia del interés individual, aunque los individuos al atender sus intereses propios proveyeran sin fijárselo el bienestar público.

En un reciente artículo de Mario Vargas Llosas, “La era de la sospecha”, publicado en el diario *El País*, el escritor peruano, a raíz de la crisis financiera de los Estados Unidos, se recuerda el verdadero pensamiento del fundador de la Economía Política. Viene como anillo al dedo. Así que cierra este trabajo con una irremplazable cita suya (Vargas Llosas, 2008):

Adam Smith, el gran teórico del capitalismo y la economía libre, comparó a la empresa privada con una locomotora. Y explicó que, así como esta, colocada sobre los buenos rieles y orientada en la dirección querida, aseguraba a los viajeros un viaje cómodo y la llegada a su destino, una empresa producía riqueza, trabajo, servicios y beneficios al conjunto de la sociedad. En estos últimos años, el capitalismo se salió de los rieles y cambió de dirección de manera arbitraria, y ahora todos estamos pagando los estropicios de ese desquiciamiento que no supimos frenar a tiempo. ¿Por qué ocurrió esto? Porque —esta es otra afirmación constante de Adam Smith— el capitalismo solo funciona si la legalidad que lo regula está conformada por leyes justas, equitativas, que respeten la libertad, y —sobre todo— si estas leyes se cumplen.

CONCLUSIÓN

Es comprensible que el triunfo de la doctrina de Smith le valga arrastrar la paternidad indeseable del *laissez-faire*. La ideologización, la propaganda deliberada, iniciada en el siglo XIX en Inglaterra es una primera manifestación de la manera cómo la concepción de la mano invisible terminó fundiéndose con la máxima del *laissez-faire*. Esta labor de propaganda, auspiciada por los hombres de negocios, terminó impuesta como artículo de fe a medida que triunfaron políticamente.

La ideologización que el propio Smith incurrió al defender los principios del sistema de libre empresa en la *Riqueza de las naciones* debe entenderse como una ideologización suave, formativa, que introdujo cohesión en el modelo de una ciencia explicativa del sistema capitalista naciente.

El empeño de rescatar el pensamiento clásico liberal de Smith ha tenido exponentes muy claros: Ludwig von Mises, Hayek, Seldon y Friedman. Mises, Hayek y Seldon hicieron un esfuerzo doctrinal intenso, en pleno dominio de la economía mixta y de las ideas keynesianas, para redescubrir los fundamentos del capitalismo en oposición a la excesiva intervención del Estado. En Hayek el programa de probar las bondades de los fundamentos del liberalismo no excluye al Estado. Insiste, muy en la línea de Smith y el liberalismo británico evolucionista, en subrayar el papel que el Estado, el Derecho y las normas morales cumplen en favor de un sistema de libre competencia.

Milton Friedman, en tanto que defensor del libre mercado, representa un modelo intenso de los extremos de la ideologización de un pensamiento. Ofrece un intenso modelo de ideologización extrema, agresiva, política, deliberada, porque

aún conociendo los límites de la ciencia predicada y las crisis o defectos del capitalismo, llevó conscientemente la función de economista objetivo más allá de un umbral tolerante o razonable.

Quizá por ello omitió que la crítica de Smith al intervencionismo recayó en un modelo concreto, específico: el Estado absolutista-mercantilista que persistía en sostener privilegios y frenos que limitaban el mercado y le quitaban fuerza a la división del trabajo, al crecimiento de la productividad y la riqueza de las naciones. Hayek en cambio sí entendió el valor de las objeciones de Smith al absolutismo y comprendió, en disposición de una visión más amplia, el valor que para el escocés tenían las normas morales, las instituciones sociales y el Estado que las interpretara a efectos de acrecentar la libertad, el progreso y el bien público, y no solo la libertad económica.

Queda visto que la ideologización insiste en asimilar *laissez-faire* con la mano invisible. La mano invisible, un préstamo de la Filosofía liberal, un principio metafísico según Keynes, tiene el poder de haber sido una metáfora útil en la explicación de los fundamentos del sistema de libre empresa y de la ciencia económica. El *laissez-faire* es una expresión de los principios del libre cambio en la visión pragmática de los hombres de negocios. A esta versión le interesa en esencia el lucro, la intervención mínima y tiene escasa o ninguna consideración por los fundamentos morales en los que pensó Smith. La ideologización ha consistido en limitar los fundamentos de la economía de mercado a la visión del *laissez-faire*. Bien distinto es que esta máxima en el sentir popular haya alcanzado la condición de emblema del capitalismo, pero sobre todo de un capitalismo extractivo, depredador que rechaza, a toda costa, extremando el ideario liberal clásico, el más mínimo marco

regulatorio, aun cuando con ello ponga el sistema en riesgo de precipicio, según informa la aún latente crisis financiera de Wall Street. Es evidente, según Mises, menos abierto al intervencionismo estatal que Hayek, que sin un aparato de compulsión la convivencia social peligraría, “el edificio social quedaría a merced de cualquiera”. Es la misión, matiza, “que el liberalismo asigna al Estado: salvaguardar la propiedad, la libertad y la convivencia pacífica” (Mises, 1996). Misión, dirán algunas voces con cinismo, que incluye proteger al capitalismo del capitalismo.

REFERENCIAS

- Friedman, M. & Friedman, R. (1997). *Libertad de elegir*, Tomos 1 y 2. Barcelona: Orbis. Biblioteca de Economía.
- Gómez Rivas, L. (2004). *La Escuela de Salamanca, Hugo Grocio y el liberalismo económico en Gran Bretaña*. Madrid: Universidad Europea de Madrid.
- Hayek, F.A. (1997). *Los fundamentos de la libertad*, Tomos 1 y 2. Barcelona: Orbis. Biblioteca de Economía.
- Keynes, J.M. (1996). El final del *laissez-faire*. En: *Ensayos sobre intervención y liberalismo*. Barcelona: Biblioteca de Economía.
- Krugman, P. (2008). *¿Quién fue Milton Friedman?*, Nueva York: Times Service, octubre. Trad. de New Clips.
- Mises, L. (1996). *Sobre liberalismo y capitalismo*, Tomo 1. Barcelona: Orbis. Biblioteca de Economía
- Samuelson, P. (1996) ¿Demasiada democracia? En: *Economía desde el corazón*. Barcelona: Orbis. Biblioteca de Economía.
- Samuelson, P. (1996) ¿Estamos en el ocaso del capitalismo? En: *Economía desde el corazón*. Barcelona: Orbis. Biblioteca de Economía.

- Schumpeter, J. (1984). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Orbis. Biblioteca de Economía.
- Smith, A. (1958). *La riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica .
- Smith, A. Teoría de los sentimientos morales (1759) En: *Grandes Economistas. Textos selectos*. Biblioteca Virtual de la Universidad de Málaga. www.eumed.net.
- Stigler, G.J. (1997). Los viajes de Smith en la nave del Estado. En: *El economista como predicador y otros ensayos*. Tomo 2. Barcelona: Orbis. Biblioteca de Economía.
- Stigler, G.J. (1997). Los éxitos y fracasos del profesor Smith. En: *El economista como predicador y otros ensayos*. Tomo 2. Barcelona: Orbis. Biblioteca de Economía.
- Vargas Llosa, M. (2008, octubre). La era de la sospecha. Diario *El País*, Madrid.